



IN-CUL-CAR EL CARÁCTER DE **Cristo** EN NUESTROS ALUMNOS

Después de un día muy ocupado dando clases y estudiando en la biblioteca, dejé mis cosas a la entrada de casa; me dirigí directamente a la cocina para saludar a mi esposa que estaba ocupada preparando la cena. Unos momentos más tarde escuchamos a nuestro hijo de tres años, exclamando con entusiasmo desde la sala: “¡Miren! ¡Mírenme!” Con ansiedad nos dirigimos rápidamente hacia la sala. Allí vimos a nuestro hijo arrastrando mi maletín con un libro de estudio en sus brazos, y usando mis inmensos zapatos. Al vernos exclamó muy orgulloso: “Miren, soy papi, soy papi!”

Ese momento, me impactó de manera profunda, por la responsabilidad que mi esposa y yo habíamos adquirido cuando decidimos tener hijos. Hemos dado vida a tres pequeñas esponjas que

están programadas con una capacidad sensitiva para ir imitando a lo largo de su crecimiento a los seres humanos que les sirven de ejemplo.¹ Durante sus años de formación, nosotros y luego sus profesores, somos los modelos más influyentes.

Por la contemplación somos transformados

La teoría del aprendizaje social —llamada también aprendizaje observacional, aprendizaje vicario o modelado— está históricamente asociada a Albert Bandura, y sigue siendo una teoría muy influyente del aprendizaje y el desarrollo.² La contribución de Bandura tiene solo medio siglo de antigüedad, pero sus principios son muy antiguos. Casi dos mil años atrás, el apóstol Pablo confirmó, bajo la inspiración del Espíritu Santo, que al contemplar la gloria de Dios —es decir, su carácter— somos

transformados a su imagen (2 Cor. 3:18). Sin duda, el Espíritu Santo tiene mucho que ver con esta transformación. Aun así, me parece que el principio de que nuestra contemplación de otras personas tiene como resultado la transformación parcial de nuestra persona a la imagen de ellos, es un mecanismo del desarrollo humano, divinamente ordenado.

Los niños aprenden “mediante la internalización de las actividades, hábitos, vocabulario e ideas de los miembros de la comunidad en la que crecen”.³ Sus actitudes y creencias también se forman a través de este proceso de modelaje. Por eso es muy importante que los adultos interesados en el crecimiento y desarrollo de los niños o jóvenes pongamos especial atención en la “comunidad” que los envuelve. Uno de los principales

K E I T H J . L E A V I T T

componentes de la “comunidad” es la escuela a la que asisten y, más aún, los profesores que los lideran.

La solemne responsabilidad del maestro cristiano

El apóstol Santiago escribió en su carta a la iglesia primitiva: “Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación” (Sant. 3:1 RVR1995)⁴. Si bien el contexto de este pasaje tenía que ver con los maestros religiosos de la iglesia cristiana primitiva, creo que el principio se aplica también a los educadores de las instituciones adventistas de hoy en día. Tenemos que reflexionar seriamente sobre nuestra responsabilidad dado que nuestros alumnos están buscando modelos a seguir —consciente o inconscientemente— para ayudarles a definir quiénes son y quiénes llegarán a ser.

La declaración de Santiago acerca de que seremos juzgados estrictamente, tiene que ver con esa tremenda influencia que los profesores ejercemos sobre nuestros alumnos. El educador adventista George Akers nos recuerda que “nunca debemos subestimar la influencia de un maestro en sus alumnos. Los niños son por naturaleza adoradores de héroes, y la influencia de maestros piadosos en esos personajes emergentes en la vida, es incalculable”⁵.

Mientras que el término “niños” usado por Akers nos orienta hacia los primeros niveles de educación, creo que aun en la edad universitaria los jóvenes continúan buscando modelos adultos que los orienten para alcanzar la madurez cristiana. Mientras escribía este artículo pude corroborarlo. Luego de un servicio de culto un estudiante universitario se sentó a mi lado y me preguntó si podía hacerme una pregunta personal. Yo no tenía idea qué quería saber de mí, pero le respondí: “Claro que sí, adelante!” Entonces lanzó la pregunta: “¿Cuántos años tienes?” Cuando se lo dije, me explicó que

le daba mucho ánimo ver que era posible que alguien permaneciera enamorado de Jesús todos estos años. Rápidamente le expliqué que mi “matrimonio” con Jesús no es perfecto, y que nunca he estado libre de la guerra espiritual que trata de destruirnos. Sin embargo, me he comprometido a construir mi relación con Cristo todos los días. No conozco muy bien a este joven, nunca lo he tenido como alumno, así que no sé lo que había visto u oído de mí para inducirlo a hacerme la pregunta. Pero



al parecer, y sin que yo lo supiera, había estado escuchando y observando lo que yo he estado exponiendo en mi quehacer diario y eso produjo un impacto en él.

Probablemente hay algunos docentes adventistas que no tienen mucho interés de ser un modelo de conducta, ni de ser vistos como un ejemplo de lo que es una vida comprometida con Cristo. Simplemente quieren enseñar sus clases y mantener su vida personal en estricta privacidad. Pero para cualquier profesor, y sobre todo un maestro cristiano, decir: “No tengo ningún interés en ser un modelo para mis estu-

diantes y, además, me niego a asumir esta responsabilidad” sería como decir, después que mis hijos nacieron: “Yo no quiero asumir esta responsabilidad”. ¡Ya sería demasiado tarde! Asimismo para los profesores adventistas, una decisión semejante es demasiado tarde a partir del momento en que entraron al aula.

Afortunadamente, la mayoría de los educadores adventistas reconocen como elemento central de su llamado a la docencia el impacto que pueden tener en la vida de sus alumnos. De

hecho, cuando le pregunto a los estudiantes que ingresan a la carrera de educación sus razones para elegir la docencia, la mayoría cita el deseo de influir positivamente en las vidas de los jóvenes al guiarlos hacia Cristo.

Este noble objetivo —cumplir con las expectativas que la mayoría de los padres, la iglesia y Dios colocan sobre ellos— está resumido en la siguiente declaración contenida en las directrices de la Asociación General: “El maestro ocupa un lugar central y de mucha importancia. Lo ideal sería que el maestro fuera a la vez un cristiano adventista comprometido y un modelo ejemplar de las virtudes cristianas y competencias profesionales”⁶.

El Maestro, un modelo a seguir

Servir como modelo para los estudiantes de todas las edades es una parte sumamente importante de nuestra vocación. No se trata de un requisito más que podríamos agregar a nuestra tarea, sino un componente fundamental y central de la enseñanza.

Muchos años después de haber estado bajo la influencia de un docente que haya ejercido un impacto significativo en nuestras vidas, la mayoría de nosotros olvidamos mucho de lo que nos enseñó, pero lo recordamos a él o ella. Recuerdo a la profesora H. veinticinco años después de asistir a sus clases de posgrado, aunque recuerdo muy poco del contenido de dichas clases. Re-

cuerto sí su sonrisa, su forma amable y amistosa. Recuerdo que enseñaba sin darse aires de grandeza; que valoraba a todos los estudiantes como individuos y manifestaba aprecio por sus aportes a la clase. Recuerdo mi deseo de poder enseñar como ella; ser como ella. Y, sobre todo, recuerdo su humildad al expresar que un día le gustaría sentarse como estudiante en una de mis clases.

Desde entonces, cada vez que mis clases son todo un éxito —o cuando no los son— me pregunto: “¿Que pensaría la profesora H. si hubiera asistido a mi clase hoy?” Un cuarto de siglo después, ella todavía sigue inspirándome a ser un maestro cristiano.

Comprometidos con un estándar de mayor nivel

Como maestros, compartimos la responsabilidad de guiar hacia el bien por medio de nuestros actos, nuestras palabras y nuestra apariencia.⁷ Por eso, “los que estamos en la enseñanza seremos juzgados de una manera más estricta”. Las personas en tareas de liderazgo deberían estar comprometidas con un estándar de alto nivel. Me resulte cómodo o no, cuando me paro al frente de mis alumnos, estoy en el lugar de Jesús. Es así que mis enseñanzas se extienden mucho más allá de si Juan aprende a leer, o Marta entiende cómo resolver ecuaciones diferenciales, por importante que esos logros sean. En la lista de objetivos de la clase debe estar en primer lugar la salvación eterna de cada estudiante. ¡Qué gran responsabilidad! Como educadores tenemos que reflexionar seriamente sobre nuestra preparación para dicha labor. ¿Cómo nos capacitamos para llevar a cabo una tarea de tal magnitud? Las funciones de un maestro cristiano en el salón de clases como ministro de Dios forman parte del plan de la redención.⁸

Parker Palmer señala esta verdad fundamental: “Enseñamos lo que somos. La enseñanza, como cualquier otra actividad humana real, surge de nuestro ser interior sea para bien o para mal. Cuando enseño, proyecto tanto en mis alumnos, como en el contenido lo que está en el interior de mi alma”⁹



La enseñanza, como cualquier otra actividad humana real, surge de nuestro ser interior sea para bien o para mal. Cuando enseño, proyecto tanto en mis alumnos, como en el contenido lo que está en el interior de mi alma”

Con esto en mente, cada educador debería reflexionar seriamente acerca de quién es. ¿En qué condición está “el interior de su propia alma”? ¿Hay armonía entre lo que dice y lo que enseña? Agrandando el círculo: ¿Hay armonía entre lo que queremos que nuestros estudiantes lleguen a ser, y lo que nosotros somos?

El apóstol Pablo, escribiendo a los creyentes de Tesalónica, se refiere a la manera en que él y sus compañeros se habían comportado en una visita a la iglesia: “Y lo hicimos así [...] para darles buen ejemplo” (2 Tes. 3:9 NVI).¹⁰ Tomada fuera del contexto esta afirmación podría fácilmente parecer arrogante y pomposa. Sin embargo, lo que Pablo quería dejar muy claro es que no había ninguna contradicción entre sus enseñanzas y sus acciones.

Los docentes cristianos estamos llamados a cumplir con esta misma norma, para asegurar así que haya congruencia entre lo que enseñamos —lo que queremos que lleguen a ser— y el ejemplo que les damos. Solo cuando mostremos en nuestras propias vidas los principios que intentamos enseñar, seremos capaces de tener una influencia permanente para el bien de nuestros alumnos.¹¹

El éxito que Jesús tenía como maestro en su clase de doce alumnos refleja este principio. “La ilustración más completa de los métodos de Cristo como maestro, se encuentra en la edu-

cación que él dio a los doce primeros discípulos. [...] A ellos más que a ningún otro, les concedió la ventaja de su compañerismo. Por medio de la asociación personal dejó su impresión en estos colaboradores escogidos.”¹²

Así como un anillo de sellar imprime su sello sobre la cera caliente, de la misma manera el Salvador imprimió su carácter sobre los discípulos. Usando las palabras de Palmer, proyectó su alma en ellos. Jesús les dio el ejemplo a sus discípulos —sus estudiantes— de lo que había en lo más profundo de su alma, y de lo que él quería que ellos llegaran a ser. Lo hizo mientras comían juntos o caminaban por la orilla del mar; mientras estaban sentados en la ladera de la montaña reflexionando acerca de la verdad eterna o se dedicaban a proporcionar ayuda a una familia necesitada; adorando en una sinagoga o en una fiesta de bodas.

El mandato del Maestro

Como docentes cristianos hemos recibido el mandato de grabar en nuestros estudiantes el carácter de Cristo. Podemos hacerlo en las clases al integrar nuestra fe en el contenido académico de nuestras lecciones; pero las oportunidades pueden extenderse al patio de recreo, a las excursiones, a la mesa donde nos servimos los alimentos o incluso al supermercado fuera de las horas de clase.

La manera en que logremos inspirar a nuestros alumnos dependerá de nuestra íntima condición espiritual y de la forma en que reflejemos la imagen del Salvador. El apóstol Pablo nos anima: “Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados y lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios” (Efe. 5:1, 2 NVI). Se trata de una orden muy elevada: ser imitadores de Dios y vivir una vida de amor. ¿Cómo empezar a hacer eso? El punto de partida se encuentra en ese mismo versículo, al reconocer lo mucho que Dios nos ama. Él se refiere a nosotros como “hijos muy amados”. Cristo nos amó tanto que estaba dispuesto a sacrificar su propia vida por nosotros y esa debe ser nuestra motivación para imitarlo: “Nosotros amamos a Dios, porque él nos amó primero.” (1 Juan 4:19 NVI).

Elena White, considerada filósofa de la educación adventista, explica: “Mientras meditamos en la perfección del Salvador, desearemos ser enteramente transformados y renovados conforme a la imagen de su pureza. Nuestra alma tendrá hambre y sed de llegar a ser como aquel a quien adoramos”.¹³ “El amor que se manifestó hacia él en la muerte de Cristo despierta una respuesta de amor agradecido, y como una contestación a la oración sincera el creyente es conducido de gracia en gracia, de gloria en gloria, hasta que al contemplar a Cristo, sea cambiado a la misma imagen”.¹⁴ Como ejemplo de este poder transformador ella describe al discípulo amado, Juan, de esta manera: “Contempló al Salvador con adoración y amor hasta que [...] en su carácter se reflejó el carácter del Maestro”.¹⁵ ¿Qué poderosa ilustración de una vida ejemplar!

Somos cambiados por la contemplación

¿Desea reflejar a Cristo en su carácter, así como lo hicieron Juan y los otros discípulos? ¿Quiere poder transmitir en forma práctica a Jesús e impactar la vida de los niños o jóvenes a los que enseña? ¿Cómo lograrlo? *Contemplando al Salvador; es así como somos transformados.* Pero tengamos en

cuenta que hay dos factores importantes: la *cantidad* de tiempo que pasamos observando al Maestro y la *calidad* de ese tiempo. De Juan se dice que observó al Salvador *hasta* que el cambio se llevó a cabo. No sabemos cuánto tiempo le tomó, pero Juan continuó contemplando a Jesús hasta que se produjo el cambio. Si sentimos que nuestro carácter no ha sido completamente cambiado, tal vez se deba a que no pasamos suficiente tiempo contemplando el carácter amoroso de Jesús.

Elena White sugiere que “sería bueno que dedicásemos una hora de meditación cada día para repasar la vida de Cristo desde el pesebre hasta el Calvario. Debemos considerarla punto por punto y dejar que la imaginación capte vívidamente cada escena, especialmente las finales de su vida terrenal”.¹⁶

¿Qué cree que pasaría si cada día contempláramos al Salvador por una hora y le permitiéramos mostrarnos su carácter perfecto? Al basarme en la investigación de Bandura y de otros especialistas del aprendizaje social, y leer el testimonio de las Escrituras, creo que empezaríamos a reflejar el carácter del Maestro. Entonces, al reflejar la belleza de Cristo ante nuestros estudiantes, ellos también serían transformados. “Este es el secreto de la influencia sobre vuestros alumnos. Reflejad a Cristo”.¹⁷



Keith J. Leavitt, MA, es profesor en la Facultad de Educación de Canadian University College en Alberta, Canadá. A lo largo de casi cuatro décadas, incluyendo nueve años en Pakistán, se ha desempeñado en diversas áreas de la enseñanza y la administración dentro del sistema educativo adventista mundial.

REFERENCIAS

1. Lea Winerman, “The Mind’s Mirror,” *Monitor on Psychology* 36:9 (June 2005) pp.48, 49.
2. Kendra Cherry, *Social Learning Theory: An Overview of Bandura’s Social Learning Theory*: <http://psychology.about.com/od/developmentalpsychology/a/sociallearning.htm>. Consultado el 11/5/10.
3. Stella Vosniadou, *How Children Learn*: <http://www.ibe.unesco.org/publications/EducationalPracticesSeriesPdf/prac07e.pdf>, p. 9. Consultado el 11/5/10.
4. RVR1995 identifica a la versión ReinaValera Revisada 1995.
5. G. Akers, “ALL Thy Children Shall Be Taught of the Lord. . .” *The Journal of Adventist Education* 57:5 (Summer 1995), p. 9.
6. General Conference Policy Manual (2003), *Seventh-day Adventist Philosophy of Education, Policy FE05, FE10*: <http://circle.adventist.org/download/PhilStat2003.pdf>, p. 20. Consultado el 17/2/10. Traducción libre.
7. Elena White, *La educación* (Buenos Aires, Argentina: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1974), pp. 272, 273.
8. General Conference Policy Manual (2003), *Seventh-day Adventist Philosophy of Education, Policy FE05, FE10*: op. cit. Consultado el 17/2/10. Traducción libre.
9. Parker Palmer, *The Courage to Teach: Exploring the Inner Landscape of a Teacher’s Life* (San Francisco: Jossey-Bass Inc., 1998), p. 2.
10. NVI identifica a la Nueva Versión Internacional.
11. Elena White, *La Educación*, pp. 171, 172.
12. *Ibíd.*, p. 80.
13. _____, *Claves hacia la felicidad (El camino a Cristo)* Capítulo “El conocimiento de Dios” 2000, p.89.
14. _____, *Dios nos cuida* (Boise: Idaho: Pacific Press Publishing Association, 1991), p. 27.
15. _____, *La Educación*, p. 83.
16. _____, *Maranatha* (Buenos Aires, Argentina: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1976), p. 75.
17. _____, *La educación*, p. 274.